

Otro premio para Antón Arrufat

UN PREMIO LITERARIO PUEDE ABRIR LAS PUERTAS DE UNA editorial, estimular los elogios de algún crítico y también, paradójicamente, dejar a un escritor en el más absoluto aislamiento. Sentí alegría al saber que Antón Arrufat fue distinguido con el Premio Alejo Carpentier en la IX Feria Internacional del Libro, celebrada en Cuba a mediados de febrero del 2000; pero también percibí la posibilidad de que su imagen desapareciese otra vez de la Isla de las letras. No es paranoia, es que Arrufat después de obtener un reconocimiento importante en 1968 no volvió a deleitar a los lectores por un espacio de más de tres lustros.

El galardón de La Habana, dotado de cinco mil dólares, fue entregado a su novela *La noche del aguafiestas*, pero Arrufat consideró que el trofeo era un reconocimiento a su obra completa, quizás mirando el largo camino recorrido desde la revista *Ciclón*, en 1955; su antología *Nuevos cuentistas cubanos*, en 1961; los poemarios *En claro*, *Repaso final* y *Escrito en las puertas* en 1962, 1964 y 1968, respectivamente; el libro de cuentos *Mi antagonista y otras observaciones*, en 1963; las piezas dramáticas recogidas en *Teatro*, en 1963, *Todos los domingos*, en 1965 y *Los siete contra Tebas*, Premio UNEAC de Teatro, en 1968.

La carrera literaria de Arrufat se congeló ese mismo año luego del artículo que apareció en *Verde Olivo*, revista de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, el 17 de noviembre de 1968 bajo el título de «Antón se va a la guerra» (seud. Leopoldo Ávila). En él se acusaba al autor de *Los siete contra Tebas* de criticar a la dirección del gobierno revolucionario. Desde entonces hasta mediados de los años ochenta el nombre del escritor no apareció más en la solapa de un libro.

La repudia a *Los siete contra Tebas* empezó cuando aún la obra no se había escrito. La fecha se remonta al verano de 1961. Miembros del Partido Socialista Popular encabezados por Edith García Buchaca citaron a reunión a la

Jorge Luis Llopiz

junta directiva del suplemento literario *Lunes de Revolución*, integrada por Carlos Franqui, Guillermo Cabrera Infante, Pablo Armando Fernández y Heberto Padilla. El encuentro no fue amistoso; más bien, los de la directiva fueron acusados de crear la división, pues supuestamente se mostraban como unos nostálgicos de la cultura burguesa. Esta acusación, junto a la censura del documental *PM* por no reflejar las circunstancias revolucionarias, dio pie para que Fidel Castro pronunciara las *Palabras a los intelectuales* en la Biblioteca Nacional. Según el mandatario, cada escritor podía hablar de su tema predilecto y expresarlo en la forma que deseara, pero el Gobierno también tendría el derecho de medir cada creación artística bajo el prisma revolucionario; es decir, que se opondría a las críticas dirigidas a la Revolución.

Algunos escritores creyeron en la libertad de creación y expresión que divulgaba el gobernante y concibieron obras críticas que fueron severamente fustigadas como *Fuera del juego* de Padilla, *Condenados de Condado* de Norberto Fuentes, *Los pasos en la hierba* de Eduardo Heras León, *Los siete contra Tebas...* Arrufat fue silenciado hasta que se le permitió publicar la novela *La caja está cerrada*, en 1984, luego el poemario *La huella en la arena*, en 1986, la pieza de teatro *La tierra permanente*, en 1987, las prosas narrativas *Las pequeñas cosas* y el libro de cuentos *¿Qué harás después de mí?*, en 1988, entre otros.

Recientemente, en el 2000, es reconocida su labor como narrador que comenzó con los cuentos «La vidriera» y «El fantoche» en la revista *Ciclón*, en 1957. Ambas narraciones, publicadas cuando el escritor tenía apenas 22 años, reflejaban ya una obsesión: la de la existencia de fuerzas externas al hombre en las que éste se ve envuelto y sin salida. El decorador en *La vidriera* cae en una ratonera de cristal muriendo a la vista de todos sin que nadie le tendiese una mano, y el bailarín en *El fantoche* se convierte en un pelele que danzará todas las noches al ritmo de manos desconocidas. Cada uno de estos personajes se ve atrapado en circunstancias angustiosas de las que no puede escapar.

Esa predilección por lo inevitable reaparecerá en 1961 en los cuentos «El viejo» y, especialmente, en «Mi antagonista». El primero publicado en su antología *Nuevos cuentistas cubanos* y el otro en *Mi antagonista y otras observaciones*. Antes de hablar de los dos cuentos más importantes de Arrufat, vale señalar que la colección *¿Qué harás después de mí?* tiene sólo una narración no publicada anteriormente, la que le da título al libro. Las restantes provienen de *Mi antagonista y otras observaciones*, salvo «El descubrimiento», extraído de la compilación *Narrativa cubana de la Revolución* de J. M. Caballero Bonald editada en 1968. Es curioso observar cómo tres de ellas sufrieron variaciones: *El viejo* aparece como *La importancia del correo*, *El viaje* como *La playa me espera* y *Mi antagonista* como *Mi antagonista y otras observaciones*. Este último, además, aceptó añadidos nada favorables y los dos primeros admitieron títulos que depreciaban y vulgarizaban su significación. Habrá que preguntarle a Arrufat, algún día, qué lo impulsó a hacer esos cambios literarios.

Mi antagonista y otras observaciones vio la luz en una época en que todavía quedaban en Cuba aires de renovación cultural. Las *Palabras a los intelectuales* habían sentado el precedente de la mano dura, pero faltaban los procedimientos que la pusieran en práctica. Claro está, éstos no se hicieron esperar, y aparecieron con la prohibición de *PM*, la clausura del suplemento literario *Lunes de Revolución*, las becas y las misiones en el extranjero a intelectuales «conflictivos», el cierre de la editorial El Puente, las críticas negativas a los premios otorgados por Casa de las Américas y la UNEAC y, finalmente, el caso Padilla.

Padilla fue el chivo expiatorio, la gota que colmó la paciencia del Gobierno. Si en 1961 había espacio aún para reuniones y discusiones, las cosas cambiaron muy seriamente en 1968, cuando Padilla alabó la novela *Tres tristes tigres* del disidente Cabrera Infante, en detrimento de la novela *Pasión de Urbino* del dirigente revolucionario Lisandro Otero. La cosa se puso más fea cuando le fue otorgado el Premio UNEAC de Poesía a su poemario *Fuera del juego*. Las desavenencias tuvieron ecos aún en el Primer Congreso de Educación y Cultura celebrado en 1971, donde la retórica del Gobierno fue mucho más clara: se habían acabado para siempre las medias tintas para los que criticaban a la Revolución y todo el peso del poder iba a caer (aunque ya estaba cayendo) sobre ellos. La directiva revolucionaria estaba harta tanto del caso Padilla como de otros casos que no tuvieron la misma publicidad, como los de Virgilio Piñera, Reinaldo Arenas, José Lezama Lima, Calvert Casey, Antón Arrufat, Ana María Simo y muchos más.

No obstante, la Revolución en sus inicios significó un cambio sustancial para los escritores. Nunca antes el intelectual gozó de tantas posibilidades para la edición de sus escritos como a partir de 1959. Por eso, no es de extrañar la cantidad de obras publicadas así como la diversidad de temas y estilos que se podían encontrar. Bajo este clima surge la primera antología de tipo generacional, *Nuevos cuentistas cubanos*, realizada por Antón Arrufat y Fausto Masó en 1961. Anteriormente se habían editado en Cuba cuatro antologías (la de Federico Ibarzábal en 1937, la de Enma Pérez en 1945, la de José A. Portuondo en 1946 y la de Salvador Bueno en 1953), pero ninguna de ellas se atrevió a dar a conocer a tantos autores (Calvert Casey, César López, Ana María Simo, Luis Agüero, Rogelio Llopiz...) que tenían libros de cuentos inéditos. La publicación hablaba del espíritu renovador de aquella época, diferente al sentimiento normativo que empezó a perfilarse en otras antologías como, por ejemplo, *Aquí once cubanos cuentan* de José Rodríguez Feo en 1967.

La selección de Arrufat y Masó comprendía cuentos escritos entre 1948 y 1958, en los que la crítica al pasado predominaba. Se lee en el prólogo: «Se trata de una generación (...) que vio la vida cubana en su gran corrupción y envilecimiento. Se trata de hombres descontentos, y sobre todo, desconfiados de cualquier solución dentro de los moldes tradicionales y mediatizados de la sociedad burguesa». Ellos encontraron la posibilidad de expresarse sin estar sujetos a un programa como el que ya se perfilaba en el prólogo a la compilación de Rodríguez Feo: «Hay muchos escritores revolucionarios que todavía no han tratado muchos de los temas de la Revolución que esperan por ellos».

Rodríguez Feo explicaba la escasez de esos asuntos a causa de la necesidad del escritor por «liquidar el pasado», y se lamentaba, a su vez, de lo excesivo de esa tendencia que sólo se interesaba por la vida burguesa de antes de 1959 y no reflejaba la problemática de los nuevos tiempos. Por eso, en su antología predominó la selección de cuentos con los llamados temas revolucionarios. Pero el afán de criticar al pasado no se contradecía con los esfuerzos iniciales de la Revolución, así que la antología de Arrufat dio a conocer cuentos importantes como *Carta de un juez*, de Oscar Hurtado; *Mi amigo*, de Ezequiel Vieta; *En el Potosí*, de Calvert Casey; *Créalo o no lo crea*, de Edmundo Desnoes, *El gato*, de Frank Rivera y *El viejo*, de Antón Arrufat.

El viejo es un cuento sorprendente. Un anciano, Florencio, decide acabar con su soledad mediante el correo. Su familia y amigos no le escriben, pero el anciano se las ingenia para que alguien se comunique con él: las compañías de anuncios comerciales. Así recibe todos los días propuestas y descuentos de compras. Florencio crea un espacio irreal: lo organiza, clasifica e intenta dominar. Se hace de una rutina y cuando ésta falla, aunque sea por una semana, el viejo muere. Aquí las circunstancias otra vez dominan al personaje, quien no puede escapar a la incomunicación de la familia ni a los setenta años que pesan sobre sus hombros.

La narración alcanza visos alucinantes pues, a pesar de que se preocupa por describir minuciosamente las tareas del viejo en relación con el recibo de cartas, las respuestas a las mismas, las visitas del cartero, etc., poco a poco, a través de los ojos del personaje, se despega del suelo y comienza a hacerse tan irreal como la enajenación del anciano. El punto culminante es cuando el viejo escucha voces desde su lecho de muerte; sin embargo, el narrador no se enajena totalmente y anuncia que el cartero ha reanudado sus entregas. Así el autor expresa que Florencio no pudo vencer el abandono y la soledad.

La enajenación también está presente en *Mi antagonista*, sin caer en la denuncia social. Arrufat deseaba escribir acerca del hombre y no acerca de un proyecto de hombre, como luego exigirá la política del Gobierno. Por eso Florencio en *El viejo* y Oliverio en *Mi antagonista* son personajes que trascienden la época en que fueron escritos.

Pudiera parecer, a primera vista, que sólo las circunstancias sociales dañan la existencia de Oliverio, pero hay algo más en su condición humana que lo lleva al fracaso. Lo social se ve reflejado en el desempleo y la penuria que acosan a la familia. El padre no consigue vender las minas de manganeso a los inversionistas y la madre sostiene la casa con la mala paga de maestra. El hijo logra sobreponerse al desempleo consiguiendo un puesto de contador en una compañía americana en Isla de Pinos. Es decir, en comparación con el padre, Oliverio ha dado un paso de avance en medio de una situación insegura que le molestaba: «Vivía así, esperando encontrar un trabajo y esperando perderlo. Era como vivir en el aire o en una cuerda floja». Oliverio, aunque se entregó al trabajo no encontró sosiego: deseaba conquistar la simpatía del jefe Mr. Murdock y escalar posición. Creyó obtenerla pero a la muerte del superior se percató de que el elegido era Gerardo, un joven recién llegado a la compañía.

La paz de Oliverio se perdió por completo; ni siquiera atendía a su esposa Elisa, ensimismado como estaba en la tarea de desplazar al sustituto. Lo adu-
laba brindándole su casa, sin sospechar que el enemigo cortejaba a su espo-
sa. Cuando pensaba que Gerardo estaba en sus manos, éste escapó con Elisa.
Quiso ponerle fin a la vida del intruso pero los nervios le fallaron. Las des-
gracias, por tanto, vienen de lo social pero también de la herencia familiar
del personaje. Éste, de alguna manera, repite la frustración del padre. El
viejo no consiguió sacarle partido a las minas de manganeso pues se inhibió
delante de los accionistas a la hora de venderlas. Algo similar pasa con Olive-
rio. Cuando Gerardo asume la jefatura, le dice al padre: «Lo difícil era
actuar, decidirse. Pero los acontecimientos lo ayudan a uno, casi lo arrastran.
¿No es cierto, papá?».

La ambición, la timidez hereditaria y la penuria llevan al personaje a la
frustración. Estos tres factores (personal, familiar y social) conducen a Olive-
rio a contarle a sus padres el fracaso de su estancia en Isla de Pinos. El narra-
dor, protagonista de los hechos, se siente distanciado de lo narrado y no por
estar fuera de la historia, sino porque Oliverio, todo el tiempo, describe los
sucesos con un viso de fatalidad. El cuento recuerda la posición del protago-
nista en la novela *El extranjero* de Albert Camus, el cual decide no defenderse
en el juicio donde es condenado a muerte, pues considera que el hombre está
sentenciado a morir desde su propio nacimiento; así que es inútil cualquier
defensa. Oliverio, por su parte, parece estar consciente de esa determinación
que para él pesa en la sentencia de la madre. Ella pronosticó que todo le iba a
salir mal y el relato lo confirma paso a paso hasta el fracaso final.

El cuento más antologado de Arrufat es *El viejo* que, a mi modo de ver,
forma parte de la trilogía narrativa más significativa de la vertiente realista de la
época, la cual se empeñaba en mirar el alma humana desde la posición de la
enajenación. Los otras dos narraciones son «El regreso», perteneciente a la
colección homónima de Calvert Casey, publicada en 1962, y «El caballero Char-
les» del libro *El tiempo ha descendido*, de Humberto Arenal, aparecida en 1964.
Todos estos cuentos también merecerían un premio y Arrufat parece recono-
cerlo al decir, mientras le entregaban el galardón Alejo Carpentier a la novela
La noche del aguafiestas, que éste era un reconocimiento a su obra completa.

Espero que con el nuevo premio no se le agüe la fiesta a Arrufat pues no
sé si el lector soportará una vez más el embate de quince años de soledad.